

Guillermo Rojas Carrasco

## Del sentimiento masoquista en la literatura



universal la tendencia que se observa en todo ser humano a empequeñecerse, a sentirse niño, a saberse mimado, a buscar amparo maternal. El hombre quiere que comprendan y compartan sus reales o supuestos sufrimientos, como los habría compartido—o como habría deseado que los hubiera compartido—su propia madre. Y para lograr esta comprensión trata de despertar, inconscientemente, la compasión de los demás, o al menos, la de aquellas personas ante quienes desea aparecer empequeñecido.

Si en busca de una explicación de este fenómeno recurrimos a los psicoanalistas, éstos nos convencerán de tal necesidad de compasión, no es sino la forma psíquica o moral del masoquismo. En efecto, si el masoquismo, como degeneración sexual, busca los azotes, la disciplina, o cualquier medio de sufrimiento físico como condición necesaria para conseguir el goce genésico, el masoquista psíquico, intelectual o moral, necesita de ultrajes, de humillaciones, o de agotarse en un trabajo excesivo y que no le corresponde, para encontrar el deleite de sentirse víctima y de ser considerado como tal. Psíquicamente, ha logrado destruir la aparente antinomia de gozar con el dolor, de encontrar placer en lo que normalmente debiera producir sufrimiento.

Con mayor tecnicismo, los psicoanalistas nos dirán que las fantasías del masoquista están impregnadas de un sentimiento de culpabilidad que busca el castigo en el sufrimiento mismo, aunque este último proceda de personas que le son indiferentes, o aún, de seres o circunstancias impersonales, del Destino, que sería—en este caso, y de acuerdo con las teorías a menudo exageradas de Freud—la representación o sustituto del poder parental.

El masoquista físico herirá su propio cuerpo en busca de gozoso sufrimiento real; el masoquista psíquico encontrará deleite en el desgarramiento de su espíritu, y para ello exagerará toda pena que lo aflija, y en caso de no tenerlas, su imaginación las creará, dándoles una intensidad y realismo tales que terminarán por coger en sus redes a su propio creador, que será el primero en convencerse de ellas, y en vivirlas.

La variedad de masoquistas psíquicos que pueblan el mundo es grande, y sus innumerables manifestaciones dependerán de los demás rasgos del carácter individual. Quizás el tipo más corriente sea el del vulgar Jeremías, presto a lamentarse por todo.

La literatura—reflejo en mucha parte de la vida individual y colectiva—recoge y retrata los diversos tipos de masoquismo pero es más interesante estudiar no los casos que necesariamente los escritores han explotado, sino examinar cuán frecuente es la tendencia masoquista en los literatos mismos.

No se libran del masoquismo intelectual ni las más grandes figuras de las letras universales, y es así como genios generalmente optimistas, como Goethe, le paga tributo en «Werther», mientras Shakespeare lo hace en sus sonetos; Santa Teresa de Jesús y los otros místicos en sus versos doloridos, y filósofos como Schopenhauer en la mayoría de sus trabajos: el pesimismo, en último término, no es sino una forma aguda de masoquismo.

Escritores de menor significación víctimas de esta enfermedad se encuentran a montones. Bástenos recordar la escuela ro-

mántica, masoquista por excelencia. Si a esto agregamos que el romanticismo tuvo muchos imitadores postizos—y hasta bien avanzado este siglo en América—podremos explicarnos con mayor facilidad el frecuente contrasentido de encontrar caballeros robustos y cachetones, buenos gastrónomos y mejores cata-dores de vino, que en versos empalagosos y enfermizos lloran y gimen por dolores que jamás han sentido. De ahí tanta producción hueca y absurda.

Pero dejemos a un lado a escritores cuya labor pudiera apreciarse por su peso en kilogramos, y trasladémonos a planos más elevados. Veremos cuán fácil es comprobar en autores de innegable prestigio y valía, que la pena real que un día sufrieron y que afectó profundamente su espíritu sensitivo, pasa a convertirse en tema excluyente: intelectualizan el dolor, y siguen explotándolo como inspiración única o principal. Bien conocido es el caso de la poetisa Gabriela Mistral, cuyas mejores composiciones enraízan en un amor que no pudo ser.

Cuando el canto al propio dolor deja de ser algo relativamente durable, pero que no puede ser permanente—porque la vida no acepta estímulos nocivos y contrarios a ella misma—lo que fué primitivo dolor verdadero pasa a convertirse en una actitud mental que agudiza y revive perpetuamente algo que pudo ser sincero, pero que en su ficticia y prolongada vivencia se convierte en enfermedad psíquica, en simple masoquismo intelectual.

El enfermo suele estar convencido de que la herida moral ya no le duele; pero siente urgencia en aparentar que aún lo afecta, y hasta llega a creer sinceramente que sigue sufriendo, porque necesita esa justificación. Tal vez nadie ha descrito mejor esta actitud que Pedro Sienna, en unos bellos versos que si hubieran sido escritos por algún europeo serían seguramente universalmente conocidos:

«Y como presiento que puede algún día  
secarse esta fuente de melancolía  
y que mi pasado recuerde sin llanto,

por no ser lo mismo que toda la gente  
yo voy defendiendo, románticamente,  
esta vieja herida que me duele tanto».

En este soneto de auto-análisis—soneto del que sólo reproducimos los tercetos—encontramos la explicación precisa de la actitud del masoquista intelectual: defiende su pena, no quiere que ella termine, desea tener una perenne fuente de melancolía, para justificar su manera de reaccionar ante la vida.